

ANTÓNIO LOBO ANTUNES

LA MUERTE DE
CARLOS GARDEL



El estado de coma de un joven heroinómano y la urgencia en visitarlo de su tía y de su padre, un pobre diablo convencido de que Carlos Gardel no murió en un accidente de avión, son el punto de partida de esta extraordinaria novela que, a ritmo de milonga o de tango, desarrolla una fascinante visión poliédrica de la peripecia vital y reflexiva de todos sus personajes. Una Lisboa marginal y decadente los acogerá en ese despojamiento íntimo, no exento de ironía y humor, que cada uno a su modo ira llevando a cabo y que cobrará más y más fuerza a medida que vayamos comprendiendo el absurdo implacable de la lógica de la muerte. Los monólogos, que harán variar la objetividad de los acontecimientos, girarán como un disco rayado alrededor del vacío de sus propias existencias.

LA MUERTE DE CARLOS GARDEL

António Lobo Antunes

*A Christian Bourgois, con afectuosa
admiración*

1. por una cabeza

Álvaro

El gnomo salió agitando el periódico deportivo de la garita a la izquierda del portón. Nos mandó parar detrás de una ambulancia en cuyo techo parpadeaban faros azules, se acercó al conductor golpeando los nudillos de los dedos en el periódico y preguntó, revolviéndosele el estómago de rabia:

–¿Sabe cuánto pagamos por aquel raquítico del BeLENenses?

Los árboles del Estádio Universitario (chopos, sauces, abedules, sobre todo chopos) movían las ramas contra el cielo, una fila de taxis zumbaba a lo largo del muro, un co-do surgió bajo los faros de la ambulancia con un gesto ignorante, y el enano, indignado, guardando el periódico en el bolsillo:

–Di un número cualquiera, anda, di un número: adivina lo que dimos por un cojo que no sirve ni para reserva.

Césped y arbustos cortados que brillaban a la luz, jardineros que conectan aspersores, gorriones, un sosiego de parque, una flecha roja en el extremo de un mástil con la palabra Urgencias en mayúsculas metálicas, y de repente reparé en el hospital. Mi hermana tocó el claxon y el gnomo le hizo un gesto para que esperase, colgado de la puerta de la ambulancia:

–Un momento, señora, un momento. Explícame, Alfredo, cómo se ganan copas con equipos así.

El hospital de nueve pisos y docenas de ventanas rodeado también de chopos, también de sauces y de abedules. Los chorros de los aspersores suspendían en el aire añicos de cristal. El codo se extendió hacia el enano, que retrocedió de un salto, zaherido:

–Ya veremos la cara que pones cuando comience el campeonato.

Las hojas dibujaban manchas en el paseo como en la Avenida Gomes Pereira en los años de la infancia (mi abuelo, con bastón, llevaba al perro a pasear de tronco en tronco), reparé en el hospital, de golpe reparé en el hospital y el corazón se me encogió de miedo. Mi hermana tocó el claxon otra vez y el enano fue zigzagueando de cólera, cavilando sobre tardes cadavéricas en el banco de socios, con la bandera enrollada sin gloria en las rodillas:

–Doscientos millones de escudos por un tullido sin pie izquierdo, doscientos millones por un paralítico de Alcoitão. Esto es sólo para el personal de la casa y las ambulancias, señora, tiene que dejar el coche fuera.

Mi abuelo encerraba al animal en la cocina, se ponía el albornoz por encima de la chaqueta, se sentaba en la sala con la baraja de los solitarios y el polen de la acacia le llovía en los párpados:

–Soy médica –informó mi hermana.

Árboles, pensé, hace siglos que no miraba los árboles así, y el enano, incrédulo sobre la noticia del periódico:

–¿Médica? Rico club el mío, tenemos el último lugar asegurado. No me acuerdo de su cara, señora, ¿trae el carné por casualidad?

La presencia del hospital como en mil novecientos cincuenta y siete, al decirme Vamos a cambiarte la válvula aórtica, muchacho. Esa noche el anestésista entró en el cuarto a auscultarme y a preguntar si yo fumaba, se oían

sus pasos en el pasillo encerado y yo Listo, voy a dejar de respirar, se acabó. El codo animaba al enano:

–Compramos un holandés o un búlgaro, ofrecemos un baile en la UEFA, y sube la barrera, que el de la camilla tuvo un infarto y a estas alturas seguro que estiró la pata: desde Olivais no suelta ni un gemido.

Oía los pasos del anestesista como de pequeño, en la cama, los pasos de los adultos entre la sala y el despacho y el despacho y la sala, en la casa en la que nací con el canario que trinaba en la jaula cubierta, el canario que sólo trinaba y bailaba en el trapecio si lo escondían de nosotros. El gnomo, con las manos a guisa de palas en las sienes, aplastó la nariz en el cristal de la ambulancia y previno al codo:

–Muerto está, parece que no se le mueve ni un pelo.

El ruido de los zapatos y el ruido de la adelfa, el anestesista anotando mis respuestas y mi abuelo luchando con la baraja en los solitarios de la noche, ambos sordos al perro que arañaba los azulejos de la cocina con las uñas, el perro que se negó a comer después de la muerte del viejo, gruñendo en cucullas de cortina en cortina. El veterinario acabó llevándoselo en un cesto para ponerle una inyección de potasio, y el gnomo a mi hermana, devolviéndole el carné:

–Disculpe, señora doctora, son órdenes.

Después de la garita el hospital fue aumentando y rodeándonos de ventanas, como si las paredes se inclinasen para recibirnos. Los aspersores erguían ramos de agua, la ambulancia desapareció en la flecha que indicaba Urgencias. Ninguno de nosotros hablaba y yo pensé ¿Cuál de los dos gritará primero su dolor? En el vértice de la rampa el asfalto se ensanchaba en rectángulo y había un barrio de gitanos, de pobres y de gente de África en el lomo de la cuesta, una carretera que desembocaba en la autopista del Norte, una puerta que anunciaba Pediatría, una mampara, carteles de muchachas con las cejas en arco reco-

mendando silencio. Bajamos una galería rayada con carbón por los estudiantes, pasamos un patio en el que se acumulaban cajones, cajas de botellas y esqueletos de calderas, en la sexta planta la sala de enfermedades infecciosas con enfermos embalsamados en la claridad de las once desprovista de sombras, de nubes y de pájaros, y en la sala de cuidados intensivos, asomada a las avenidas y estatuas de Lisboa, dos colchones a la izquierda, dos colchones a la derecha, tubos de oxígeno, bolsas de suero, electrocardiógrafos, aparatos con pantallas que latían. En el primer colchón de la izquierda un niño me miraba con una fijeza de sapo o de gato. En el segundo un hombre con tubos en la nariz derramaba los dedos azules hasta el suelo. Una señora con bata buscaba un estetoscopio revisando papeles y resultados de análisis en una mesa lacada, y mi hermana, a nadie

–Buenos días

y la señora, enganchándose el estetoscopio al cuello y percutiendo el diafragma con la uña

–Buenos días

y mientras ella se inclinaba hacia el niño pensé, mirando a un jardinero y una hilera de magnolias, No quiero ver los colchones del lado derecho. No quiero verlos. No quiero verlos. El sol sobrepasaba el edificio en dirección al Tajo y yo tenía la certeza de que mi hermana no quería ver tampoco, caminando hacia el niño para no mirar, para impedirse mirar.

–Encefalitis –dijo la señora de la bata recogiendo el estetoscopio—. Hace por lo menos una semana que no dice una palabra.

Esto en aquella habitación de silencio sin lugar para voces, los dedos azules se apretaron, se aflojaron y volvieron a apretarse, y la señora, acomodándole la colcha

–Tétanos. Es una epidemia de tétanos, tengo otro conectado a la máquina en la salita de al lado

señalando la pared que mi hermana y yo rechazábamos, e imaginé a otro hombre con las falanges rozando el suelo y respirando por medio de agallas eléctricas que le insuflaban aire en los pulmones muertos. Mi hermana repitió para no hablar conmigo, no compartir conmigo el terror que sentíamos

—¿Tétanos?

y la señora enseñó las carpetas de cartón a medida que la claridad se alteraba con la llegada del mediodía, estriándose de morado, de lila y de franjas verdes provenientes de los abedules que ascendían ahora hasta el sexto piso:

—Tétanos. Siete en el servicio y sólo uno aquí, porque los restantes son una fiebre tifoidea y una hepati

y se interrumpió al percibir una evidencia que hasta entonces se le escapara, murmurando

—Disculpen

una señora con bata, no médica, enfermera, aunque no usase toca ni un reloj redondo colgado del pecho como una condecoración, una enfermera de aspecto suburbano fácil de suponer sin compañía en un cine de reestrenos, una mujer solitaria anocheciendo en un apartamento pequeño sobre una cervecería de obreros

(ay el retintín de los golletes, ay el suspiro de los barriletes de cerveza, ay el sonido de las carambolas en el tapete del billar después de la barra)

una mujer desgastada por cincuenta años de desilusiones, ya ni siquiera menstruando, ya ni siquiera mujer, que desistiera de defenderse de la edad con cremas y pintura, un ser tan cercano a la agonía o tan dentro de ella como el hombre y el niño del lado izquierdo de la sala, visto que del otro lado, pensé, no existía nadie, ningún colchón, ningún enfermo, sólo el revoque y tal vez un escritorio o un armario con sondas y jeringas, no había nadie

no había nadie, aseguré

reparando en que había hablado en voz alta porque mi hermana y la señora se volvieron hacia mí, de forma que intenté una sonrisa de disculpa como si les confirmase que no era nada, que me había equivocado, que acababa de despertar y me daba cuenta de que había conversado en sueños, que había mostrado una de esas regiones de tinieblas que se deben ocultar por pudor, y entonces insistí

—No hay nadie

y no obstante había alguien allí, junto a la fiebre tifoidea, que de cuando en cuando respiraba en las sábanas, había alguien allí y yo lo miraría cuando el sol se volviese de tal modo rayano en la tierra, en el poniente, que los chopos, los arbustos, las margaritas, los pensamientos y los pájaros de la tarde entrarían por las ventanas en un sobresalto de nervaduras y de plumas. Lo miraría y no lo reconocería de tan delgado, miraría apartando alas y ramas y olores vegetales conforme los aspersores salpicaban en el linóleo gotitas de cristal que mudaban del lila al violeta y del violeta al amarillo, hasta confundirse con la noche y disolverse en ella. Te miraría ignorando si me veías, si aun mirando fijamente me verías. La señora escribía en un cuaderno, el niño de la encefalitis me perseguía con las órbitas de sapo, y yo, en voz muy baja

—No hay nadie

aplazando el inevitable instante de acercarme a ti, y en esto retrocedí veinticinco años, eran las tres de la madrugada de un domingo y llorabas, me levanté y caminé hacia tu cama cojeando de cansancio, el halo de la calle se coagulaba en las vidrieras, como un ángel en una cruz, y la voz de tu madre

—¿Qué pasa, Álvaro?

y yo ridículo con el pijama enorme, yo que siempre me acosté con pijamas enormes

—Nada, duerme, nada.

Tenías la boca abierta y te estremecías, el ángel anaranjado aumentaba y disminuía al ritmo de tus gritos, extendí la mano y dudé en tocarte, y tu madre

–¿Qué pasa, Álvaro?

desde el fondo de la buhardilla de la Rua dos Arneiros, alquilada a un médico, en la cual vivíamos entonces, tres habitaciones de suelos diferentes, y un limonero y una pila de lavar ropa en el patio. Fue el año en el que buscaba dinero para la primera película, entrevistaba a actrices y discutía las deudas financieras del productor tan inexperto como yo, alimentado con revistas francesas y con sesiones de policías americanos en el Olimpia y en el Condes, a las que se sumaban las clases donde encontré a tu madre en la mesa de montaje, una muchacha seria y rubia, demasiado seria y demasiado rubia, con cigarrillos que se le consumían en largos cilindros de ceniza, y yo sobre tu cama como dentro de poco, aterrado, como dentro de poco, por la idea de cogerte en brazos y mostrarte el ángel crucificado, color naranja, de la ciudad

–Nada, duerme, nada

a pesar de estar lejos de la noche ahora, a pesar de ser la una o las dos de la tarde y de empeñarme en no mirarte. Me casé al conseguir un empleo en publicidad que apenas daba para el alquiler, la luz y el gas, escribía historias que no filmaría nunca, y una mañana, en octubre, tu madre vomitó al despertar y di con ella contemplándose en el cuarto de baño

–Estoy embarazada

y yo, con el pijama inmenso que se me salía solo

–¿Qué?

y tu madre en el cuartucho de azulejos y de lozas

–Estoy embarazada, no me apetece fumar, me ha venido una acidez horrible a la garganta.

Me acuerdo de un día diferente al de hoy, con lluvia, el frío me calaba los huesos hasta entender que no era el frío lo que me atería, era la cara sin facciones surgiendo del

espejo, hasta entender que le había hecho un hijo a una extraña, entender que ella no me gustaba, no me gustaba su pelo demasiado rubio, su piel demasiado blanca, el tabaco que impregnaba los recovecos de la memoria, la infancia, mi abuelo, el perro, la Avenida Gomes Pereira, la adelfa:

–¿Qué pasa?

–Nada, duerme, nada

–¿Qué pasa?

–Ya no te quiero, lo siento, creo que nunca nos hemos querido, creo que nunca te quise

y la cara, con un resto de vómito en el mentón, en busca de mi imagen por detrás de la suya

–¿Cómo?

y yo, con el pijama estrafalario

–Nunca te quise, podría decir que te quise, que aún te quiero, pero mentiría, no era amor, era otra cosa, los dos nos sentíamos solos y yo no sabía qué hacer, éramos demasiado jóvenes

y tu madre, ante el espejo porque yo había dejado de existir, transformado en una confusión de rasgos superpuestos

–¿Y es ahora cuando lo descubres?

los dos en el cuarto de baño minúsculo, los dos debajo de la lámpara que revelaba toalleros, tubos, botes de crema, cepillos de dientes en el vaso cromado, el par de ladrillos de vidrio que formaban un tragaluz en el techo, y tu madre

–¿Y es ahora cuando lo descubres?

Yo quería consolarla y no podía, no había forma, no era capaz. La vi doblarse en una arcada, vi el líquido que corría por el cuello y a Cláudia, mohína por sentirse mal, intentando recobrar la dignidad y el aliento, que daba un puntapié a una chinela en un remolino de vértigo. Extendí el brazo y ella

–No

y mi brazo acabó fondeando en el bolsillo del pijama, un hilo de agua caía en las láminas de corcho, tu madre reapareció en el espejo, estrangulada de vómitos:

–Pon ahí una olla antes de que se moje todo.

Traje un cazo de la cocina, los chopos atravesaban la ventana de la enfermería con hojas murmurantes, y en el lado opuesto el barrio de chabolas de pobres, de gitanos y de gente de África en la loma del otero hacia la Praça de Espanha. La lluvia silbaba en el cazo y yo, apoyado en el armarito de los jabones, de los champús y del papel higiénico

–Quería esperar para hablarte, si lo he dicho hoy es porque creo que tal vez sería mejor que nosotros no y el reflejo de tu madre, sólo párpados y las encías moviéndose

–Ve a la sala, desaparece, sal de aquí.

Chopos, pájaros y chopos, los colchones del lado derecho que entraban en el espacio delante de mí, y yo, con miedo, sintiendo la arista del mueble en el pijama

–Llamaré a una partera, Artur conoce a una partera estupenda, y mañana o pasado mañana, después de la operación que no dura nada, diez minutos a lo sumo, apenas sangras, dejarás de vomitar.

Tuve que ir a buscar un segundo cazo y vaciar el primero porque la lluvia aumentaba de intensidad y por un resquicio entre las tablas, en el ángulo del tragaluz, escurría agua también. Probablemente sucedía lo mismo en las otras habitaciones de la buhardilla, la alfombra empapada, las sábanas empapadas, los zapatos empapados, el aparador que servía de ropero empapado, y tu madre, evaporándose del marco para sumergirse en el lavabo, tosiendo y sacudiéndose

–Ve a la sala, desaparece, sal de aquí

sin rabia, sin enojo, con desprecio, agarrándose al borde de loza para no caerse

–Sal de aquí.

Llovía en la sala, llovía en la mesa de juego en la que comíamos, llovía en las sillas de anea, llovía en el sofacito rojo y yo iba de hilo de agua en hilo de agua con cazos y cacerolas y ollas y sartenes y jarros, oí a tu madre cruzar el vestíbulo en dirección al dormitorio, oí los muelles al acostarse, la oí envolverse en la manta, pero no me atreví a llamarla, inventando más cazos y cacerolas y ollas, inventando un cubo y una esponja que enjugasen la alfombra de Arraiolos que nos dejaron, como quien no quiere la cosa, al inicio de nuestra vida de casados, yo pensando

–Perdona

como si alguien pudiese perdonar a alguien, como si la vida no fuese la colección de acritudes y resentimientos que es, acabé bajando las escaleras mientras ahuyentaba hebras de niebla y volutas de vapor como ahuyenté las bolsas de suero, los tubos de oxígeno y los tubos de goma cuando tu colchón y el otro colchón del lado derecho de la enfermería se deslizaron hacia mí, como ahuyenté a mi hermana y a la señora de la bata que caminaban conmigo a tu encuentro, vi un brazo con el líquido de un frasco que le entraba en la vena, y al acercarme escuché un llanto de niño y una voz soñolienta preguntar

–¿Qué pasa, Álvaro?

y yo, tropezando con tu colchón de hospital, tropezando con tu cuna, respondí, con la esperanza de que fueses tú quién preguntaba, respondí, intentando incorporarte, para llevarte conmigo, de la cama de la enfermería o de la concha de mimbre

(con una campanilla cuya música se desencadenaba tirando de un cordel)

en la que llorabas, con la ciudad color naranja inmóvil en las vidrieras como un ángel descuartizado en una cruz, respondí expulsando cedros del interior del sufrimiento, del interior de la muerte:

–Nada, duerme, nada

Por mí pueden llevarse lo que quieran de esta casa, que me da igual. Pueden llevarse los muebles, a la criada, al perro, ese animal maloliente que siempre está lamiéndome las manos, siempre con el hocico en el cuenco, siempre ladrando en el mirador. Llévense a ese perro de porquería, llévense la vivienda que mi mujer heredó de su padre, llévense Benfica siempre que me dejen en paz con una baraja de cartas y una tabla para ponerlas encima. No me hace falta nada más: cuando nos quedemos sólo yo, la tabla y las cartas, estoy seguro de que me sentiré mejor.

Mi mujer se mudó aquí después de conocerme en la guerra del catorce, en Francia. Antes de eso vivimos en la Calçada da Estrela, en una quinta planta cerca de la basílica y del jardín

(la banda de los Alumnos de Apolo tocaba los domingos en el templete)

y se veía una mínima franja de río estirando el cuello desde el balcón o, mejor dicho, estirando el cuerpo entero más allá del balcón, sobre los tiestos de petunias, y antes de destrozarnos abajo lográbamos divisar, durante la caída, tres centímetros de agua sucia y una chimenea de barco. Pensándolo bien, los alemanes eran menos peligrosos.

Fue en el año que pasé en Burdeos cuando mi mujer aprovechó para cambiar la Calçada da Estrela por Benfica, después de la noche en que su padre, con saudades del Tajo, se inclinó desde el parapeto, perdió el equilibrio, derribó un tiesto, se balanceó unos segundos mitad fuera, mitad dentro del edificio, volvió incluso la cabeza pidiendo

–Dame una mano, Ester

y como no llegó ni un dedo, se estrelló en el empedrado en una caída de pudín.

Ese apartamento de la Calçada da Estrela, si no lo han demolido, pueden llevárselo también. Llévense la Calçada da Estrela, llévense los tres centímetros de río, llévense la fragata que me pitaba en la cabeza al embarcar hacia Ma-